

# **PUBLICADO EN *Le Monde Diplomatique* (edición peruana), noviembre 2007, año I, número 7.**

## **Eguren y Machu Picchu: la cultura en el Perú**

Jorge Secada\*

No existe un archivo con los manuscritos de José María Eguren. Yo tengo dos cuadernos suyos con recortes y algunos apuntes, los que recibí como herencia de manos de una tía mía a quien se los había dejado a su vez una sobrina del poeta. Efectivamente, sus papeles están desperdigados en manos particulares y muchos probablemente ya se han perdido para siempre. Sin embargo, al enterarse que la casa donde vivió Eguren estaba en venta, a varios periodistas, literatos y críticos no se les ocurrió mejor idea que insistir en que el estado a través del Instituto Nacional de Cultura debía gastar doscientosmil dólares y comprarla.

No existe ni una biblioteca en todo el Perú que esté al día con lo publicado en alguna disciplina, ni una sola biblioteca, no importa la disciplina. Ninguna biblioteca peruana puede comprar todo lo que se publica, todo lo importante claro está y obviamente sólo en las lenguas en las que esté lo más significativo acerca del tema, sobre historia peruana en el siglo XIX, ni sobre arte colonial peruano, ni sobre la flora y fauna de nuestra amazonía, ni sobre las enfermedades tropicales, ni mucho menos sobre temas tan elevados y recónditos y distantes de nuestras relevancias como la música de Beethoven, o la mecánica cuántica, o la filología latina.

Tampoco existe en el Perú toda la bibliografía pertinente para el estudio de la poesía peruana de inicios del siglo veinte, los libros y ensayos de teoría e historia literaria que importen para el comentario, el análisis y la interpretación de poetas como Eguren. Y, claro, no hay una sola biblioteca en donde pueda el estudioso encontrar siquiera toda la obra crítica publicada, en libros y en artículos, sobre nuestro primer moderno, como suelen llamarlo. Pero esto no ha impedido que en periódicos y suplementos dominicales se exija que el estado invierta en comprar la casa donde vivió el poeta. Para estos ilustrados es deber del estado velar por nuestra cultura, y en el caso de la literatura velará por ella haciendo de ese lugar un museo, o tal vez un centro cultural en donde realizar recitales.

Semejantes propuestas revelan la peculiar perversión fetichista que subyace a mucho de lo que pasa por la vida del espíritu entre la burguesía intelectual limeña. Cuenta Goethe que alguna vez lo fueron a buscar dos jóvenes a su casa en Estrasburgo. Sin conocerlos pero generoso con la juventud curiosa, el gran sabio los recibió. Los jóvenes se sentaron frente a él sin decir palabra. Como guardaban silencio y apenas si esbozaban una media sonrisa tonta, Goethe les preguntó por el propósito de su visita. “Tan sólo queríamos verlo, ya que es usted tan famoso” respondieron momentos antes de que los despacharan

sin ceremonias. Nuestros críticos y periodistas se contentarían con ver estúpidamente la silla vacía de Goethe. Para ellos, honrar a Eguren es contemplar la cama en que durmió, el cuarto por el que andaba, el lápiz que usó, y el plato en el que comió sus guisos. No importa que nuestra Universidad Nacional Mayor de San Marcos no esté en condiciones de tener una hemeroteca literaria, no digamos que de primera, ni siquiera imaginemos que de segunda o tercera, digamos simplemente decentona. No, eso no importa, así no honraríamos a nuestro poeta, para eso tenemos que dar rienda suelta a nuestra imaginación disneificada y pensar en un museo (en este escrito no me refiero, obviamente, a museos de artes visuales o plásticas) o en uno de esos cafetines del intelecto, los centros culturales. Para estos escritores esa es la cultura: museos literarios y espectáculos.

Cuando la municipalidad de Miraflores comisionó el mural Wiese que inicialmente adornaba y ahora ensucia la vía expresa ¿pensaron acaso los burócratas que se estaban embarcando en un gasto permanente que obligaría a todas las gestiones municipales futuras a asignar una partida de mantenimiento? Si lo hubiesen hecho, tal vez se les hubiese ocurrido que una manera responsable de enfrentar este hecho era estableciendo, como parte del gasto inicial, un fondo intangible que, invertido, produjese a perpetuidad los ingresos anuales necesarios para el mantenimiento del mural. Pero la inteligencia de nuestros representantes comunales no da para tanto, como constatamos cada vez que pasamos por ese sector de la vía expresa.

¿Cuánto costaría mantener un archivo con los papeles de Eguren y una mínima biblioteca dedicada a su obra? Un fondo de inversión de medio millón de dólares, administrado conservadoramente como corresponde en estos casos, rendiría lo suficiente para pagarle un sueldo ajustado a un administrador, comprar algunos libros y suscribirse a algunas revistas, y prender, por horas, un deshumecedor para que no se llenen de hongos los valiosos os documentos del archivo. Pero el actual alcalde de Barranco está invirtiendo sus energías en formar un patronato para juntar doscientos mil dólares y comprar la casa de Eguren dentro de unos meses cuando vuelva a salir a la venta.

¿Cómo se asegurará el mantenimiento de este inmueble, si no es dependiendo de la buena voluntad, sea de las futuras administraciones municipales, sea de los miembros del patronato? ¿Y por qué debe la comuna barranquina avocarse a este propósito fetichista, en vez de, por ejemplo, recuperar la ruinoso casona de la avenida Grau, aquella que está frente al antiguo mercado ahora convertido en Metro, edificio que podría encontrar con mucho mayor facilidad un uso comercial que ayude a mantenerlo en el futuro, o salvar aquella otra bella mansión ya casi deshecha en la esquina de Colón y Cajamarca, a media cuadra de la casa de Eguren? Arquitectónicamente estas dos casonas, como tantas otras en Barranco, merecen la atención de la comuna muchísimo más que la sencilla casa de Eguren, que además está en mucho mejor estado.

Hace unas semanas me topé con un aríbalo en la portada de la revista dominical del *New York Times* (*The NYT Magazine*, 24 de junio de 2007)<sup>1</sup>. El titular se refería a los

---

<sup>1</sup> [http://www.nytimes.com/2007/06/24/magazine/24MachuPicchu-t.html?\\_r=1&ref=world&oref=slogin](http://www.nytimes.com/2007/06/24/magazine/24MachuPicchu-t.html?_r=1&ref=world&oref=slogin) (Inglés) <http://www.librosperuanos.com/traducciones/esquina47.html> (castellano)

“artefactos de Machu Picchu” y preguntaba si debían devolverse al Perú y de hacerse eso, quiénes serían los beneficiarios. El artículo interior estaba lleno de las usuales sandeces que han dejado de importarme hace ya algún tiempo. Decía, por ejemplo, que “no obstante” ser “limeña y tener ancestros europeos” Mariana Mould viuda de Pease apoyaba “las demandas indígenas” y la repatriación de todos los objetos sacados de Machu Picchu. Semejantes prejuicios es mejor ignorarlos. Lo que sí es digno de indignación es un comentario de un vicepreboste de la universidad de Yale. Decía este descarado que lo que querían ver en el Perú son las piezas con calidad para museo, que aquí no nos interesarían “un pedazo de un dedo, o cinco huesos de perro que sin embargo son piezas de un valor extraordinario desde el punto de vista de la investigación”. El articulista resumía la idea abyecta: “el orgullo del Perú se verá satisfecho siempre y cuando se puedan respetar las necesidades de investigación de Yale”. Ya los chunchos nos sacamos las plumas y nos duchamos, así que nos pueden dar un museo para calmar nuestro orgullo herido, pero la investigación y la ciencia, eso no es para nosotros y se queda en Yale. Lo verdaderamente indignante de todo esto no es el prejuicio chovinista, que como decía hace un momento es mejor ignorar, sino que fuese uno de los representantes de una institución saqueadora el que así se expresaba: son los ladrones los que hablan con semejante desvergüenza.

A pesar de esto, el gobierno peruano ha transado con Yale en lo que pretenden vendernos como un gran triunfo para la cultura peruana. Allá se quedarán por 99 años las piezas con mayor valor científico y de investigación. Nuestro orgullo soberano ha sido alimentado con el reconocimiento de que todas las piezas, incluidas las que se quedan en Yale, son de propiedad del Perú, con el retorno de las piezas de museo y la parte del resto de la colección que es chauchilla para la investigación, y con un convenio de cooperación académica que para la institución norteamericana es, como dicen ellos mismos, maní, es decir, no cuesta nada. ¡Nuestro gran éxito es que los ladrones han reconocido que lo que se estaban robando no era suyo! Supongo que en la mente del vicepreboste anidaba la noción de que si ahora ya nos duchamos, en 100 años sabremos algo de arqueología. No voy a especular sobre qué ideas, si algunas, habitaban la mente de los negociadores peruanos, deslumbrados seguramente por las lentejuelas que les pusieron ante sus ojos los burócratas de Yale.

Debió de traerse absolutamente todo al Perú y debió de exigirse mucho más que la migaja que Yale se ha comprometido a pagar para limpiarse del intento de robo que perpetró. Si lo que estaba en cuestión era asegurar la investigación, pues podría haberse fundado en el Perú, en el sentido pleno del término, legal, física y financieramente, un instituto que albergase la colección, en donde Yale y San Marcos (y tal vez algunas otras instituciones académicas peruanas) compartiesen administración (el usufructo sería de la comunidad arqueológica mundial) y donde Yale corriese, como le corresponde al saqueador arrepentido, con todo el gasto de obtener una fundación a perpetuidad.

Se ha argüido que hubiese costado muchísimo enfrentarse legalmente a Yale. Ese argumento no funciona. El Perú tenía el derecho legal de su parte y podía hacer las cosas bien, de acuerdo a la ley, y haciéndole saber a Yale que su intento de robo no quedaría impune y que el gobierno peruano buscaría sacarles hasta el último centavo que pudiese

por reparación frente al atropello, un atropello que aumentaba conforme pasaran los días y los años. A la larga el Perú hubiese recuperado todo lo invertido. Además, y esto es lo más importante, no es cuestión solamente de dinero, es cuestión de saber quiénes somos. ¿Dónde estaba San Marcos, dónde Ruth Shady, Luis Lumbreras y la cultura peruana, mientras se conversaba en New Haven? ¿Por qué no fueron ellos parte integral de las negociaciones? Nosotros somos mucho más que los intelectualmente escuálidos negociadores que supuestamente nos representaron y no merecemos el trato que se nos ha dado.

Pensará el lector que exagero. Pero no. Mientras aquí nuestros periodistas y críticos se ocupaban de la casa de Eguren, en el mismísimo *New York Times*, Christopher Heany, un exalumno de Yale con inteligencia y vergüenza, editorializaba en una nota titulada “Robándole a los incas” que lo realmente excepcional del acuerdo entre Yale y el gobierno peruano es que se le haya permitido a los culpables determinar frente a sus víctimas los términos de la reparación (*NYT*, “Stealing from the Incas”, 7 de octubre de 2007)<sup>2</sup>. Salvo algunas notables y contadas excepciones, entre las que debemos mencionar explícitamente a Lumbreras, nadie entre nosotros lo ha dicho con la claridad con la que lo escribe Heany.

¿Por qué se han aliado los negociadores peruanos con los saqueadores? Comenzamos a entenderlos cuando comprendemos que para ellos, como para el alcalde de Barranco y los periodistas y críticos fetichistas de la casa de Eguren, el intelecto habita en museos y que el turismo es cultura. Los entendemos un poco más cuando vemos que no tenían los recursos para mirar a los burócratas de Yale como se les debía de ver cuando se trata de este tema, de arriba hacia abajo y con el desprecio que merecen. Pero en el fondo de este asunto, como en el de la casa de Eguren, yace algo mucho más insidioso.

Nuestro espacio público está permeado por el mercantilismo. Pareciese que lo único que cuenta es el valor comercial y que todo se debiese medir de acuerdo al sentido económico que tenga. He escuchado atónito a un amigo peruano, filósofo, decir que lo que no rinde económicamente, no es real. Y es común oír decir que tal o cual actividad es un capricho cuando no es rentable. Esto es lamentable para la cultura y la actividad intelectual. La vida del espíritu no es negocio, al menos no en el sentido mercantil. Su valor no está en los frutos económicos que dé sino en sí misma.

El éxito económico (dejemos de lado cómo se le mida), incluso si incluimos ahí el éxito en la gestión redistributiva, es parte importantísima y necesaria del éxito de un gobierno, pero ciertamente no es la única. No es suficiente siquiera: no basta por sí misma para asegurar un buen gobierno (pensemos si no en la Italia de Mussolini en la década de los treinta y la Alemania de Hitler hasta agosto del 39). El bien común no exige solamente aumentar el ingreso *per capita* y eliminar los sectores económicamente marginados.

Retomando nuestro tema: efectivamente es función del estado velar por la cultura y la educación de los peruanos. Pero lo que vemos es que al gobierno le falta una política

---

<sup>2</sup><http://www.nytimes.com/2007/10/07/opinion/nyregionopinions/07CTheaney.html?pagewanted=all>  
(inglés)

cultural y universitaria, y que el periodismo y la crítica tampoco entienden de qué se trata. Todos ellos barnizan su ignorancia apoyando museos, centros y espectáculos, y el desarrollo del turismo cultural. Y lo hacen de espaldas a quienes silenciosamente escriben y piensan en instituciones sin recursos o en la soledad de sus cuartos, de espaldas a quienes sí saben de qué se trata. Es deber mínimo del estado garantizar que en el espacio público no se perviertan las instituciones. Pero presenciamos con estupor como la Asamblea Nacional de Rectores, ahora ya copada por los gerentes de comercios universitarios, a través del Consejo Nacional para el Funcionamiento de Universidades, aprueba cualquier mamarracho rentable para que funcione como universidad mientras le crea trabas a la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, que es una institución académicamente seria y no una sociedad mercantil. Ni el gobierno cumple con velar por la cultura ni los medios plantean el debate que deben plantear en las circunstancias actuales del país

En todas partes del mundo la cultura y la academia son empresas subsidiadas, ya sea por el estado, ya por el sector privado. En su afán por no enemistarse con el imperio, el gobierno ha transado con Yale. Internamente tampoco ha asumido su papel, ahora llevado por el afán de no comprarse pleitos con el empresariado que invierte en los negocios educativos. El desarrollo cultural, sin embargo, no va a caer del cielo gracias al TLC y al crecimiento de la economía. ¿Hasta cuándo esperará el gobierno para dar una ley de universidades que empiece distinguiendo entre negocios universitarios y verdaderas universidades, sean públicas o privadas? ¿Qué espera para facilitar la creación de fondos de inversión intangibles que financien a perpetuidad a las universidades reales, a las bibliotecas de investigación, y a las instituciones académicas y culturales públicas o privadas? ¿Cuándo veremos la refundación del sistema universitario nacional? Pareciese que la única política pública de este gobierno fuese macroeconómica (y aún ahí que no se elevase por encima de los niveles más básicos) y que concretamente en materia de cultura no tuviese siquiera la más elemental idea. En su primer gobierno, Alan García y el APRA ejemplificaron de manera cruda una forma torpe de mal gobierno ¿estaremos ahora frente a la exploración de otras formas, menos obvias pero igualmente malas?

\* Doctor en Filosofía por la Universidad de Cambridge. Es autor de "Descartes on Substance" en Gaukroger (ed.) *The Blackwell Companion to Descartes* (2005); "Learning to Understand Descartes," *The Philosophical Quarterly* (2003); *Cartesian Metaphysics: The Scholastic Origins of Modern Philosophy* (Cambridge University Press, 2000); "Berkeley y el idealismo," en J. Echeverría (ed.) *Del Renacimiento a la Ilustración II* (Madrid, 2000) y "Las ideas de Descartes," *Archivos de la Sociedad Peruana de Filosofía* (1996), entre otros. Ha sido profesor visitante en la Universidad del Estado de Nueva York, la Universidad de Santiago de Compostela y la Universidad Americana de Beirut. En la actualidad, es Jefe del Departamento de Filosofía de la Universidad de Virginia en los Estados Unidos de Norteamérica.